DiVA
http://www.diva-portal.org

This is the published version of a chapter published in *De los saberes de la emancipación y de la dominación*.

Citation for the original published chapter:

Guerrero, M. (2008)
Tras el exceso de la sociedad: Emancipación y disciplinamiento en el Chile actual
In: CLACSO Latin American Council of Social Sciences (ed.), *De los saberes de la emancipación y de la dominación* (pp. 261-282). CLACSO Latin American Council of Social Sciences

N.B. When citing this work, cite the original published chapter.

Permanent link to this version:
http://urn.kb.se/resolve?urn=urn:nbn:se:uu:diva-389374

Manuel Guerrero Antequera*

TRAS EL *EXCESO* DE LA SOCIEDAD: EMANCIPACIÓN Y DISCIPLINAMIENTO EN EL CHILE ACTUAL

Dra. Bachelet no queremos más anestesia.
Queremos cura.

Coordinadora Nacional de
Estudiantes Secundarios de Chile

LOS AÑOS OCHENTA son reconocidos como los de los movimientos sociales en Chile y Latinoamérica. Junto a la reivindicación general de terminar con las dictaduras militares de turno, surgieron voces de protesta específicas, que abogaban por el mejoramiento de la educación, de los servicios urbanos, la ampliación y protección de los derechos de las mujeres y de los trabajadores, el respeto a los derechos humanos, el reconocimiento de los pueblos originarios. En el caso de Chile, estas movilizaciones fueron en aumento durante casi una década, para luego declinar en cantidad y contenido. Paradójicamente este declive coincidió con el proceso de retorno a la democracia, que, supuestamente, prometía ofrecer mayor espacio de acción y escucha para los diversos movimientos. Actualmente, de acuerdo a los resultados que arrojan mediciones efectuadas por el Programa de las Naciones Unidas para

* Sociólogo. Dr. (c) en Filosofía Política. Académico de la Universidad de Arte y Ciencias Sociales y la Universidad de Chile. Miembro de los Consejos Editoriales de *Reflexión y Liberación*, *Revista Occidente* y *Crónica Digital*.

el Desarrollo (PNUD), a menos de dos décadas de finalizada la peor dictadura que ha conocido la historia del sureño país, sólo la mitad de los ciudadanos estima que la democracia "es preferible a cualquier otra forma de gobierno" (PNUD, 2004).

¿Qué ha sucedido? La tesis que sostendré es que la transición del régimen dictatorial al régimen democrático ha denotado un cambio radical en las estrategias respecto a los movimientos sociales y la acción colectiva con resonancia política, en la dirección a su incorporación vía institucionalización o desaparición vía marginación, como un mecanismo de disciplinamiento social de largo alcance necesario para la consolidación y profundización del modelo neoliberal en América Latina. Esta política, distinta al tratamiento represivo del período anterior a la transición democrática, puede verse como la implementación de nuevas formas de control social que podríamos llamar de *disciplinamiento democrático neoliberal*, aspecto que eventualmente podría ser considerado como uno de los modos de operación característicos de las democracias de baja intensidad para frenar procesos de emancipación que puedan ponerlas en riesgo.

EL DISCIPLINAMIENTO DE LA DICTADURA NEOLIBERAL: EL ÁNIMO FASCISTA

Para una adecuada observación del período de instalación, bajo Pinochet, del neoliberalismo en Chile, resulta necesario destacar que la gestación de regularidades que fueran *ad hoc* al modelo económico no operó sobre un terreno de vacío social. La "materia social" sobre la que se tuvo que actuar ya estaba surcada por otras "domesticaciones" previas, es decir, por otros saberes que habían construido su propio orden de regularidades, identidades y prácticas a lo largo de todo el siglo XX chileno.

Es por esta razón que se requirió de un disciplinamiento, pues no es por casualidad, por accidente o excepción histórica que en Chile se violaron los derechos humanos de manera tan sistemática y se ejerció violencia sobre *ciertos* cuerpos y no otros: el capitalismo en Chile, para lograr sus objetivos económicos, creó un estado de excepción en el que se pudiera desatar el ánimo fascista *porque encontró resistencia a sus prácticas*. Esta resistencia provino de actores portadores de proyectos de emancipación, cambio e innovación, quienes a partir de sus interacciones cotidianas, llevadas adelante por generaciones, habían logrado instituir un espacio social surcado por *voluntades de poder* específicas, de corte popular democráticas.

Para ello, al momento del golpe militar de 1973, la dictadura en formación dispuso del conjunto de los medios de comunicación social, con personal político de la gran burguesía, con las organizaciones so-

ciales de los sectores medios ("el gremialismo"), con intelectuales y tecnócratas. También recibió el apoyo condicionado del centro político, es decir, del Partido Demócrata Cristiano y de parte de la Iglesia (Orellana, 1989: 26). En este sentido, la dictadura, en sus inicios, contaba con una importante cantidad de aparatos ideológicos de Estado[1].

Sin embargo, como el acto de instalación del régimen por medio de la represión fue a tal grado brutal, el intento hegemónico de uso de los aparatos ideológicos de Estado se vio en parte frustrado, y se perdió el control de algunos de los que poseían gran legitimidad, como una gran proporción de las iglesias, que se volvieron abiertamente disfuncionales y contradictorias al régimen[2], el aparato familiar[3] y parte del aparato sindical. La dictadura encontró dificultades iniciales, además, en los aparatos escolar y cultural, que estaban surcados por el tejido social popular que se pretendía destruir.

Si se observan las cifras de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos que aparecen en los informes oficiales del Estado chileno de las comisiones nacionales de Verdad y Reconciliación, y Prisión Política y Tortura, se aprecia una proporcionalidad siniestra entre las dificultades hegemónicas descriptas y la cantidad de muertos por actividad y sector económico social, dando cuenta claramente de un componente de clase en las violaciones perpetradas. La crisis hegemónica, por tanto, a nivel de los aparatos ideológicos de Estado, explica de alguna manera un aspecto más del ánimo fascista desatado durante la dictadura militar de derecha: dado que el intento hegemónico se vio frustrado en el corto plazo, el "dispositivo del terror" se tornó aún más necesario.

Sin perjuicio de ello, al momento destructivo y desarticulador de la dictadura lo acompañó uno de reformulación. Dicho momento

---

1 La definición de "aparatos ideológicos de Estado" es la de Poulantzas (1976: 355-356).

2 Muchas de ellas se movilizan en defensa de los derechos humanos, como la iglesia católica, la católica ortodoxa, las iglesias evangélicas y luteranas, metodista, la comunidad israelita y su gran rabino.

3 De los llamados Comité 1 y 2, preocupados por las violaciones a los derechos humanos, surgen en el mismo año 1973 el Comité Nacional de Refugiados y el Comité de Cooperación para la Paz en Chile; en 1974, la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos; en 1975, la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas; en 1976, la Agrupación de Familiares de Presos Políticos y la Vicaría de la Solidaridad; en 1977, el Servicio Paz y Justicia; en 1978, la Comisión Chilena de Derechos Humanos, el Comité pro Retorno de Exiliados, la Comisión Nacional pro Derechos Juveniles, la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos; en 1979, el Programa Derechos Humanos (Academia de Humanismo Cristiano) y la Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia; en 1980, el Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo y la Agrupación de Familiares de Relegados y Ex Relegados; en 1983, la Comisión Nacional contra la Tortura y el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, entre otros.

positivo-productivo de las voluntades de poderío se manifestó, como en todo proceso de racionalización, en los esfuerzos de la dictadura por conquistar un espacio en base a las redes que arrojaran sus saberes, en los intentos por forjar un terreno de regularidades que respondieran a *sus* valores y criterios. En otros términos, a la desarticulación de la sociedad civil y, en especial, al tejido social popular "recibido" por la dictadura les correspondió un proyecto articulador nuevo.

Al servicio de este proyecto se hizo circular un discurso ideológico específico, basado en relecturas y desplazamientos de la historia de Chile, a partir de la doctrina de seguridad nacional, el rescate de la democracia autoritaria, junto a elementos propios de un ánimo fascista clásico vinculado a una religiosidad católica ultraconservadora.

Para efectos de señalar más adelante los rasgos propios del *disciplinamiento democrático neoliberal*, resulta importante hacer énfasis en el carácter fascista del período 1973-1989, no centrando su caracterización exclusivamente en cuanto a su dimensión dictatorial, autoritaria o totalitaria[4]. Parece importantísima esta distinción, debido a que la caracterización del período como fascista alude a una dimensión de análisis particular que otros descriptores no denotan (Guerrero Antequera, 2001).

Denominar a este período como dictatorial posibilita la descripción de un aspecto jurídico del régimen. En este se ha eliminado el nivel intermedio de la legalidad, volviendo al mandato del soberano en la ley, por cuanto a lo que se debe obediencia no es a la Ley, sino a la voluntad del soberano directamente. La dictadura suspende el derecho burgués tradicional, instalando un permanente estado de excepción bajo el cual, no obstante, aún se mantienen ciertos derechos liberales pero bajo formas trastocadas.

El autoritarismo del período describe las relaciones de poder que se establecen prescindiendo de los procesos de legitimación previos, destacando el uso de la fuerza, aludiendo, en definitiva, a una dimensión psicopolítica del período, bien sea a partir del análisis de psicopatologías individuales o de teorías provenientes de la psicología social que intentan explicar el irracionalismo –o exceso de racionalidad instrumental– epocal (Reich, 1972; Adorno et al., 1959; Fromm, 1966; Brunner, 1981).

El totalitarismo ataca el aspecto sociopolítico, describiendo al monopolio de todas las formas y espacios de poder que son copados por el sistema político, la *panopticidad* del soberano, la pura racionalidad

4 Los análisis de las dictaduras latinoamericanas en torno a la noción de fascismo no son nuevos (Zavaleta, 1976; Boron, 1977; 1991: 11-64). El uso que le doy a la noción en este escrito, no obstante, es distinto al de las fuentes citadas.

instrumental del sistema y la penetración de la técnica en todos los espacios de la sociedad[5].

Denominar a este período como de ánimo fascista, en cambio, busca su rendimiento al nivel de una dimensión diferente del ordenamiento social, de cierta *fantasía* que lo constituye, y que es lo que justificará las violaciones sistemáticas a los cuerpos y a los derechos humanos (Guerrero Antequera, 2000).

El fascismo contiene una esperanza catártica en el momento de su instalación por medio del terrorismo de Estado. Su revolución terrorista de derecha es emocionalmente asumida por quienes la llevan a efecto atribuyéndole un rasgo recuperador y sanador, en cuanto se la aprecia como la reacción contra el presente degradado respecto al orden divino y es la aversión a todo orden consensual. Al hablar de fascismo señalamos acá el ejercicio socialmente desatado en ciertos contextos históricos en los que se intenta la recuperación de un *logos* natural divino, a partir de la inversión del papel que cumple en la teoría política burguesa la distinción entre orden y caos. La visión fascista de revolución permanente recupera la mitología antigua, en el sentido de que es a través del caos que se manifiesta la verdad superior. *El llamado a poner orden es por medio de la instalación del caos* para terminar con la división entre lo natural y lo social (como lo histórico) y su consecuente deseo de reunificación. Por otra parte, el fascismo, en su conexión con el integrismo católico, no elabora un pensamiento acerca de Dios, sino que establece una relación estética hacia él, o más bien estimula la experiencia de Dios por la que cualquiera daría todo por ella, bajo la forma "obedece porque debes".

Este imperativo puramente formal del fascismo implica, en términos de Slavoj Zizek (1998: 236-238), la puesta en acto del mandato a sacrificarse sin posibilidad de preguntarse sobre el significado de ello, es decir, asumir el sacrificio verdadero como fin en sí mismo: has de encontrar satisfacción positiva en el sacrificio mismo, no en su valor instrumental. El poder ideológico del fascismo reside precisamente en el carácter vacío y formal de su llamado al sacrificio, en el exigir obediencia porque sí. Y la obediencia al imperativo se materializa en el campo de lo *fenoménico*, es decir, su ejecución y aplicación se da sobre/con/contra otros objetos, otros cuerpos.

---

5 Originalmente el concepto proviene de la noción que el fascismo italiano tuvo de sí mismo como *stato totalitario*, aunque a nivel de contenido surge como concepto para atacar a la Revolución Rusa de 1917, a partir de la distinción entre dictadura y democracia. Desde un uso conservador y liberal, la democracia se caracterizaría por una pluralidad de opiniones, intereses, grupos y partidos en competencia, mientras la dictadura totalitaria lo haría por el dominio total de un partido o ideología (Fritzsche, 1977: 438; Jänicke, 1971: 59 y ss.).

¿Por qué ciertos objetos empíricos se convierten de pronto en objetos de deseo? ¿Cómo determinado objeto empieza a contener algo *x*, una cualidad desconocida, algo que es *en él más que él* y que, en el caso del fascismo, lo hace responsable del deseo de aniquilación? Para dar respuestas a estas preguntas, Zizek propone el concepto de *fantasía*: objetos empíricos se vuelven objetos de deseo al ingresar en el marco de la fantasía, al quedar incluidos en cierta escena de fantasía que otorga congruencia al deseo del sujeto.

En este sentido, la fantasía ideológica social que operó en Chile, y a mi juicio sigue operando en la posdictadura pero bajo una modalidad distinta, tiene que ver con la visión construida de la sociedad chilena pre-Unidad Popular como una gran familia, que posibilitaba la existencia de una de las "democracias más antiguas de América". El antagonismo social constitutivo de la sociedad chilena, sus luchas de clase, de género, por el reconocimiento, etc., fueron desplazados hacia un Otro ("los comunistas") como aquel cuerpo extraño dentro del mismo cuerpo social que puso en crisis a la "familia chilena". De manera tal que no es la sociedad, su antagonismo inherente, la fuente de la crisis y "decadencia", sino este Otro, razón por la cual merece el castigo y desaparición.

La figura del "comunista" y del "upeliento", por tanto, vino a encarnar la imposibilidad de la "sociedad". Es un elemento extraño, ajeno, al que se le atribuye que desordena, corroe la plenitud de la "familia chilena". En esta figura se condensa y prácticamente se cristaliza la imposibilidad de la sociedad y es por ello que su aniquilación causa goce. El imperativo categórico de limpiar, sanar, curar, purificar eliminando se materializa en este cuerpo: a la vez que se extermina, amparados por el desinterés del imperativo (la "obediencia debida"), se considera que se está haciendo un bien y se está gozando.

El "comunista" visto a través del marco de la fantasía de la "familia chilena" es la manzana podrida que contamina a todo el tejido social, de manera que su eliminación permitiría la puesta en orden, la identidad plena. Para el ánimo fascista, *la total purificación coincide con la total aniquilación*. La prisión política, la tortura, las ejecuciones, el exilio, los detenidos-desaparecidos son algunas de las formas de expresión concretas, materiales, que tuvo el ánimo fascista en Chile y en las dictaduras del Cono Sur en general durante los años setenta del siglo XX.

LA IRRUPCIÓN DEL MERCADO

No obstante, el discurso ideológico no se agotó en los elementos antes mencionados, pues, al mismo tiempo, se intentaron instalar *nuevos elementos* en el campo de juego. Uno de ellos tuvo que ver con la exaltación del Mercado como mecanismo autorregulador de todas las esferas de

lo social. Este fue el verdadero golpe a los señores políticos: Ustedes no sólo no existen, ya que los estamos eliminando físicamente, sino que, además, ya no tienen razón de ser.

Desde este discurso, se hizo circular la noción de que el espacio público y la política resultaban innecesarios una vez que el Mercado regulara de manera "natural" la economía y el conjunto de las relaciones sociales. Al sistema político de la democracia representativa, por tanto, se lo hizo aparecer como una ficción, que sólo daba lugar a la tiranía de los políticos (Ottone, 1984: 118). El Estado, en este contexto, debía jugar un rol subsidiario, de apoyo al libre desarrollo del Mercado; ser su guardián protector. La democracia que debía advenir, por tanto, debía ser reducida a la libertad de consumir. Lo fundamental de esta operación hegemónica fue hacer desaparecer, en lo posible, el espacio mismo de la política.

A este respecto, cabe destacar que la efectividad de un discurso ideológico no reside en su estatuto de verdad, en su coherencia interna o riqueza intelectual. De hecho, por ejemplo, el discurso de la dictadura varió en muchas ocasiones, variación que fue siempre dependiente de las necesidades planteadas por su dominio. El poder del discurso ideológico reside en la capacidad que tenga de materializarse, naturalizarse positivamente, de volverse verosímil en cuanto logre convertir y "hacer pasar" el discurso particular de un grupo en lo natural-cotidiano de todos. Su "victoria", por ende, sólo puede ser evaluada en el grado que logre internalizar su visión de mundo con la socialización del individuo, sin restar en este análisis los elementos de fuerza y amenaza que acompañan a estos ejercicios.

La dictadura, en este sentido, recurrió a una profunda operación hegemónica en los ámbitos cultural y educacional. Estas operaciones indican claramente un más allá del momento de destrucción de los primeros años, cuando se preocupó por desarticular, por medio de la represión, la base estructural de la cultura popular y autónoma[6]. La dictadura, con la participación directa de la derecha chilena, controló para ello la totalidad de los medios de comunicación de masas, restringiendo el escenario de comunicación social a la reproducción del discurso ideológico de las elites económicas que apoyaban a la Junta, a su orden, valores y lenguaje, instalando la cultura del consumo privado[7].

---

6 Esta represión abarcó, además de la exclusión física vía exilio, a los artistas y creadores, la prohibición de su actuación, la clausura de publicaciones, peñas, teatros, de los medios de comunicación de masas de la izquierda, el cierre y vaciamiento de los centros de investigación en ciencias sociales de connotación crítica, y la prohibición de toda expresión de la tradición teórica marxista, aspecto que se consagró incluso constitucionalmente (Ottone, 1984; Brunner, 1981).

7 Así, por ejemplo, para el caso de los medios de masas, de los diez diarios de carácter nacional que existían antes del golpe se clausuraron *El Siglo*, *Última Hora*, *Clarín*, *La Prensa* y *La Tribuna*. Subsisten, por tanto, los tres diarios del grupo El Mercurio (*El Mercurio*,

En este movimiento de eliminación de lo colectivo y lo político, de privatización, incluso el valor de la solidaridad encontró su substituto privado en las campañas de la Teletón, y el de la cultura, por medio del Festival de Viña del Mar. Operación masiva de banalización cultural, al mismo tiempo que restricción del acceso público a la llamada alta cultura mediante precios prohibitivos, acompañados de la proliferación de *best sellers* y revistas del *jet set*, junto al abandono de las figuras de la cultura nacional-popular, como Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Violeta Parra, destacando, en cambio, un chovinismo criollo patronal.

El ámbito educacional fue acometido como un frente más de la guerra convencional, aspecto que se materializó en la intervención directa de personal militar en las enseñanzas básica, media y universitaria. En la enseñanza primaria se reprodujo la exaltación a los valores patrios y militares propia de los cuarteles. Por otra parte, se mercantilizó la educación y se disminuyó el gasto público, a la par que las escuelas técnicas y profesionales se ligaron a las empresas, y estas obtuvieron un control directo de los contenidos y valores que se impartirían a los nuevos "obreros calificados".

Por su parte, el diseño del modelo universitario del régimen osciló entre los partidarios militaristas del disciplinamiento total, los tradicionalistas integristas católicos y el sector técnico-burocrático. Las medidas tomadas en este campo estuvieron dirigidas a la reducción del rol de la universidad como el punto de referencia cultural y de movilidad social por excelencia de la vida nacional, convirtiendo al sistema de educación superior, mediante su mercantilización, en un medio de selectividad social según origen socioeconómico, correspondiendo a cada clase social un establecimiento de educación superior propio en cuanto a la calidad de su enseñanza (centros de formación técnica, institutos profesionales, universidades).

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO *EXCESO* DE LA SOCIEDAD

Sin embargo, y a pesar de estos enormes esfuerzos desplegados por la dictadura, la persistencia de la represión hasta sus últimos años es indicativa del reconocimiento de resistencias que no terminaron por desaparecer, bien sea por herencia de prácticas hegemónicas pasadas (resabios) o por el surgimiento de nuevas voluntades de poderío que buscaban modificar el nuevo orden establecido. En este sentido, si bien las transformaciones realizadas en la "materia social" fueron profundas, la dictadura no logró controlar por completo la totalidad de lo social, o para decirlo con mayor rigor: no logró instituirse como totalidad.

Las Últimas Noticias y *La Segunda*), uno del Estado (*El Cronista*) y *La Tercera de la Hora*. Lo mismo ocurrió con los semanarios, la radio y la televisión.

A este respecto, el vigoroso movimiento de lo social observado en los años ochenta representa el *exceso* que rebasó la capacidad de control de la dictadura, constituyendo un vasto territorio de fenómenos, identidades y "formas de vida" poco institucionalizadas y "nomádicas", que sobrepasaron, eludieron y desafiaron los esfuerzos desplegados por el "buen orden" para codificarlos y someterlos (Arditi, 1989: 102).

Este movimiento, que se hizo patente con la realización de numerosas protestas nacionales así como en el trabajo político, social y cultural desplegado sobre todo en los campos estudiantil, poblacional, sindical y gremial, quedó inscripto en la memoria social del Chile actual como una lucha que fue llevada adelante por una multiplicidad de fuerzas, por una variedad de cuerpos en resistencia, por un enjambre de identidades en formación; acciones y subjetividades que se disputaron, en forma directa y abierta, el espacio de la política que la dictadura intentara eliminar. La política misma, por tanto, consistió en el juego de inscripciones y cruces de esa multitud, gracias a la multiplicidad que la recorría y arrastraba desbordando las formas de contenido y expresión "dictados".

Por tal motivo, si la libertad añorada sólo podía ser conseguida mediante el ejercicio decidido y soberano de prácticas de liberación, la democracia conquistada debía ser hija no tan sólo de los contenidos por los que se luchó, sino también de la *forma emancipativa* en que estos se forjaron y se hicieron circular. La calle, la asamblea, la marcha, la protesta, como instancias de roce social, de conexión de diversas relaciones desordenadas y creadoras, prometían alcanzar una democracia que fuese la *expresión* de esta dispersión múltiple. Así, el movimiento de lo social desplegado en aquellos años era un territorio de gestación de sociedad, al mismo tiempo que un territorio de gestación de estrategias de resistencia que conducían a *formas distintas de hacer sociedad*. Es esto lo que el modelo de sociedad, de contenido y forma neoliberal, trazado por las elites políticas de la transición democrática no estuvo, a la postre, dispuesto a tolerar.

EL DISCIPLINAMIENTO DEMOCRÁTICO NEOLIBERAL: LA *DIGESTIÓN* DEL OTRO

La lucha contra las dictaduras en Chile y Latinoamérica durante los años ochenta dio muestras de un dinamismo social activo a través de ciclos de protesta colectiva que ha sido materia de exploración y estudio desde distintos enfoques. La explicación otorgada generalmente desde la ciencia política es que los movimientos sociales que emergen son producto de la apertura política operada durante la última fase de los regímenes autoritarios, que al liberalizar el proceso político permiten un mayor margen de acción (Hipsher, 1998). Los grupos que se movilizaron tempranamente

contra la dictadura lo hicieron con la voluntad de acelerar la vuelta a la democracia, creando con su acción las condiciones de posibilidad bajo las cuales otros grupos sociales puedan emerger, redundando en olas de movilización colectiva. No obstante este dinamismo, cuando los partidos políticos retornan al poder, y la confrontación es reemplazada en las altas esferas por la negociación y el compromiso, los movimientos tienden a declinar y se institucionalizan, cerrando su ciclo.

Desde el modelo de análisis del sistema político, la institucionalización puede adoptar distintas manifestaciones, que resultan explicables a partir de la naturaleza de las relaciones partidos-movimientos y por el grado de apertura del sistema político. Cuando las estructuras partidarias son relativamente abiertas y los movimientos tienen una cierta autonomía respecto de estas, en un contexto de sistema político abierto, la institucionalización tiende a resultar en una incorporación de los movimientos sociales a los procesos de toma de decisiones. Al contrario, cuando los partidos son relativamente rígidos y cerrados, y las organizaciones tienen poca o nada de autonomía frente a estos, en un marco de sistema político cerrado, la institucionalización tiende a resultar en la marginación de los movimientos de la esfera de la política.

En las teorías contemporáneas de desarrollo de movimientos sociales, el modelo del proceso político es uno de los que hegemoniza la explicación de la dinámica acerca del surgimiento de los ciclos de protestas y su devenir. Parte de la premisa, como vemos, de que el desarrollo de los movimientos sociales depende de las instituciones políticas, de las configuraciones de poder y otros factores exógenos a los movimientos mismos –la apertura del proceso político, la presencia de aliados y de grupos de soporte y la división al interior del régimen– que en su conjunto constituyen la *estructura de oportunidad política* (Kitschelt, 1986: 57-58; Kriesi, 1992; McAdam, 1982; Tarrow, 1994; Tilly, 1978).

La apertura del proceso político, como variable condicionante de la aparición de movilizaciones sociales, ha sido ampliamente tratada por la literatura "transitológica" (O'Donnell y Schmitter, 1986). Según esta, aun existiendo protestas durante los momentos más duros de la dictadura, ellas tienen más posibilidades de aparición durante los períodos de apertura, que son tomados como indicadores de los procesos transicionales. La sociedad civil puede resurgir, desde esta perspectiva, cuando los costos de la acción colectiva son bajos, es decir cuando el régimen autoritario ofrece ciertos espacios de movimiento. Los aliados o grupos de apoyo constituyen el segundo factor condicionante. Así, para el caso chileno, la presencia de grupos de base de la iglesia católica en las poblaciones y la creación de la Vicaría de la Solidaridad son algunos de los elementos que se nombran a este respecto (Oxhorn, 1991). Finalmente, la división interna del régimen autoritario establece que las diferencias

entre las posturas duras y blandas en el régimen crean la posibilidad de presión de los movimientos para lograr una mayor apertura y menor peligro de represión (Shneider, 1995; Przeworski, 1991).

Cumpliéndose estas oportunidades estructurales, los movimientos sociales salen a la calle e inician intensos ciclos de movilizaciones. En el caso chileno, ello ocurre a partir de una jornada de protesta nacional convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre en mayo de 1983. Los movimientos sociales, fuertes y vigorosos, creaban plataformas de lucha colectivas, mostrando una gran capacidad de organización y convocatoria, un enorme compromiso con los temas sociales y políticos, situación que auguraba el advenimiento de una democracia participativa y dinámica. Sin embargo, al tiempo estas protestas disminuyeron en cantidad y nivel de participación, y la democracia que sustituyó al régimen dictatorial no reflejó el potencial expresado durante el período 1983-1987[8].

El modelo de análisis del proceso político utilizado para explicar a los movimientos sociales puede ser en alguna medida verosímil, en cuanto puede explicar, a partir del cumplimiento de ciertas estructuras de oportunidades políticas, su emergencia, pero considero que resulta insuficiente para dar cuenta de su declive. En efecto, ¿cómo explicar una transición que en su proceso de consumación, en el retorno a la democracia, deja de contar con movimientos sociales que la nutran? Pues, en términos generales la misma participación ciudadana, más allá o acá de los movimientos sociales, vía los canales representativos clásicos de la política también ha ido en declive. ¿Qué sucedió con aquellos vigorosos movimientos de lo social? Esta pregunta parece importante, pues los movimientos sociales observados en décadas anteriores de la historia reciente de Chile son un indicador de una sociedad civil que se asumía activa. Pues bien, ¿esta ausencia de movimientos sociales se debe solamente a los factores de carácter estructural del sistema político?[9]. Antes de ofrecer una respuesta alternativa examinemos las explicaciones del modelo expuesto.

En primer lugar se mencionan factores de tipo afectivo de los sujetos, como el miedo o la molestia. Para el caso chileno se suelen citar el descubrimiento, en agosto de 1986, del arsenal de armas que desembar-

---

8 Así, el año 1982 registró 13 protestas; 1983: 61; 1984: 36; 1985: 55; 1986: 58; y 1987: 39 (Salazar, 1990).

9 Los últimos hitos de movilizaciones masivas como sociedad civil en Chile fueron la visita del Papa en abril de 1987 y luego la campaña plebiscitaria por el No, en 1988. Sólo en 2006, a casi dos décadas de posdictadura, emergió un nuevo movimiento social de estudiantes secundarios, a escala nacional, ligado a demandas sectoriales, que se suma a la emergencia del movimiento mapuche en el sur del país.

có el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, ligado al Partido Comunista chileno, en el norte del país, y el atentado a Pinochet materializado por esta guerrilla en septiembre del mismo año. Ambos sucesos, según esta literatura, habrían producido un distanciamiento entre los partidos políticos de la oposición impidiendo la acción unitaria. Por otra parte, se señala el retorno de los partidos políticos al poder y la división interna de los grupos guerrilleros. Los partidos políticos que antes participaban en las movilizaciones se dedican, luego de reconquistada la democracia, exclusivamente a labores partidarias, acrecentando la distancia con los movimientos sociales, provocando divisiones al interior de estos y desplegando formas de acción que coartan su capacidad para el diseño e implementación de movimientos unitarios. A su vez, se reconoce la influencia de campañas intencionales por parte de ciertas elites políticas en pro de la desmovilización, con el objeto de poder llevar a cabo transiciones negociadas. Esto se logra fundamentalmente mediante la difusión de discursos que llaman a la racionalidad y al realismo político[10].

ELEMENTOS DEL SISTEMA DE PODER EN LA DEMOCRACIA NEOLIBERAL

Si bien los factores mencionados pudieran ser variables que incidan en la disminución de la participación social abierta y activa que se hace cargo de los destinos del país mediante acciones directas, organizadas y colectivas, considero que el modelo es ciego a factores de envergadura, como la mutación de las políticas de control social de dictadura a democracia neoliberal. Para alcanzar una comprensión de este tipo, sugiero que una vez cerrado el ciclo de movilización entendida como legítima por aquellos sectores que han retornado al ejercicio del poder, los restantes movimientos y movilizaciones comienzan a ser etiquetados y calificados como conductas desviadas, por lo que se les aplica políticas de control, neutralización y castigo, de acuerdo a los conceptos de norma, diferencia, transgresión y disciplinamiento, constitutivos de la columna vertebral de un sistema de poder (Foucault, 1976; 1977; 1978; 1994; Deleuze, 1987; Arditi, 1989).

En efecto, las normas constituyen las "reglas de juego", bien sean explícitas o tácitas, que buscan establecer la identidad de una agrupación, enmarcando y dando sentido a las acciones que se desarrollan en ella. A pesar de estas reglas, siempre existe un "parámetro de variación" de ciertas prácticas que no logran ser completamente integradas, en la forma, por ejemplo, de relaciones informales y conflictos que obligan al sistema de poder a redefinir contextualmente las situaciones nuevas y no previstas. A partir de la combinación de normatividad y

10 En el caso de Chile, efectivamente existió una transición negociada (Godoy Arcaya, 1999).

prácticas cotidianas, surge el discurso interno de la institución, como el discurso a partir del cual esta se describe a sí misma y que circula entre los que la hacen funcionar. Este discurso resulta extremadamente importante, porque a partir de él se constituyen los referentes que operan como parámetros de distinción entre lo válido y lo no válido, lo legítimo y lo ilegítimo del dominio. Este discurso es el que produce *lo normal*, la normalidad.

Sin embargo, ni los dominios de los discursos ni los campos que abarcan los referentes logran nunca subsumir por completo la totalidad de las experiencias cotidianas, lo que nos indica que siempre surgen *diferencias* respecto a la normalidad establecida por los referentes de cada dominio. La diferencia es aquello que la norma no es, lo que implica que no es definida por un contenido intrínseco, sino a partir de la negatividad de las relaciones que establece al interior de un dominio, por su diferencia respecto al entorno. Algunas diferencias son toleradas por el sistema de poder de un dominio, mientras que otras son *trabajadas* sobre la base de un patrón que, negándoles su calidad de diferencias, las transforma en *desviaciones*.

Las diferencias que son trabajadas como desviaciones son paulatinamente significadas como *transgresiones* a la normalidad, al buen orden, a partir de un proceso de naturalización positiva y negativa. Lo que el dominio, desde sus referentes, considera normal se naturaliza positivamente, mediante la movilización estratégica de discursos que "trascendentalizan" lo actual. Por otra parte, se apela a una dimensión sacra y sacralizante que instituye al referente "normal" por encima de la sociedad humana, de la historia y la política. Al mismo tiempo, se naturaliza negativamente lo diferente, convertido ya en desviación y transgresión, instituyéndolo como aberración, como *patología*. Por lo tanto, a la diferencia también se la despoja de su dimensión social, histórica y política, relegándola al dominio de saberes y disciplinas que deben hacerse cargo de su sanación y salvación. Estamos, por tanto, en el corazón mismo de lo que podríamos llamar *la higiene social*.

De manera tal que, ahí donde los referentes adquieren una fijeza, una rigidez que no tolera cuestionamiento alguno, se dan las condiciones de posibilidad para que las diferencias sean trabajadas como desviaciones de la norma, para que las transgresiones sean el blanco de dispositivos de dominación, neutralización, control, confinamiento, disciplinamiento y represión.

Aplicado este enfoque a la transición chilena a la democracia, creo que es posible señalar que esta denota un proceso de *higiene social* de los movimientos sociales distinta al ánimo fascista desatado en el período dictatorial, pues en el marco del respeto a los derechos humanos esta vez desaparecen los movimientos sociales, no mediante la violación de sus

cuerpos y sus derechos, sino a través de su *digestión* por parte del aparato del Estado, que utiliza a la institucionalización como estrategia de control, en un proceso que ha tenido como efecto el cambio del tipo de acción colectiva, estandarizándola y transformando el carácter, contenido y forma de las demandas[11].

Los partidos políticos de oposición a la dictadura, agrupados en la coalición gobernante durante las ya casi dos décadas de posdictadura, y en acuerdo con el *ancien régime*, conformaron un dominio regulado de modo que los diversos fenómenos y relaciones sociales que emergieron durante la lucha antidictatorial pudieran ser controlados, a partir del establecimiento de criterios compartidos por la elite política, militar y económica de Chile acerca de lo válido, lo permisible y lo normal. Los partidos políticos señalados retomaron su rol cuasi sagrado de interlocutores entre la sociedad civil y el Estado, reduciendo la capacidad de influencia de los movimientos sociales en la política, cuyas demandas de mayor justicia social y democracia participativa no se ajustaron a la transición pactada que configuró la actual democracia neoliberal.

Sobre este particular, resulta importante señalar que no toda institucionalización de los movimientos sociales ha devenido en un disciplinamiento de los mismos. En países como Brasil, por ejemplo, donde los partidos políticos han sido más democráticos y abiertos a grupos diferentes a ellos mismos, los movimientos tuvieron una mayor oportunidad de acceso al proceso político, logrando mayor éxito en la influencia a las posiciones y prácticas de los propios partidos políticos. En Chile, por el contrario, la institucionalización ha tenido efectos excluyentes, mediante la digestión de los mismos, ya que la propia inclusión de muchos movimientos en el aparato estatal se ha constituido en la condición de posibilidad de la negación de los movimientos sociales al acceso al proceso político, articulando un Estado duro e impermeable a la participación, gestionado por partidos políticos elitistas, hegemonizados por expertos[12].

Como ejemplo de este ejercicio de *digestión* de los movimientos sociales, se puede señalar el movimiento por los derechos de las mujeres. En 1990, el Estado crea el Servicio Nacional de la Mujer, que no ha

11 Utilizo la imagen de la *digestión* para el proceso de institucionalización de los movimientos sociales, diferenciándolo del de la exclusión que operaría, por ejemplo, en la reclusión de presos políticos en las Cárceles de Alta Seguridad. La figura es de Mike Bal: "¿Hay algo más embrollado y sucio que la digestión?: asimilación, pero también defecación; vomitar aquello que no se digiere, producir fluidos vitales. La digestión se desarrolla en el interior del cuerpo, incorpora aquello que antes era externo, desafiando los límites, implicando al cuerpo por completo" (en Expósito, s/f). Sobre la temática de las Cárceles de Alta Seguridad en Chile, ver Guerrero Antequera (1999b; 2001).

12 La dureza del sistema de partidos políticos ha sido tratada por Manuel Antonio Garretón (1989: 9).

sido el interlocutor de los movimientos de las mujeres, debido a que no tuvo voluntad para incorporar a las organizaciones de mujeres en los diseños y aplicación de sus políticas, aunque sí incorporó a sus dirigentes en distintas funciones. Muchas de las políticas de género del Servicio han tendido a ser formales y no participativas, y las organizaciones no gubernamentales de mujeres tienen poca o ninguna influencia sobre el organismo estatal. El liderazgo del Servicio Nacional de la Mujer ha sido de carácter conservador, a pesar de lo cual logró subsumir a los movimientos, dejándolos sin discurso ni recursos. Lo mismo es posible de constatar en el caso de los jóvenes, con el Instituto Nacional de la Juventud, y de los movimientos ambientalistas, con la creación de la Comisión Nacional del Medioambiente. Del mismo modo, la descentralización iniciada por la dictadura en 1980 sólo ha tenido el efecto de que los gobiernos locales y las municipalidades cuenten con fondos, que continúan siendo determinados y asignados por el gobierno central.

De tal suerte que el Estado chileno paradójicamente es cerrado mediante su apertura: se ha abierto el palacio de gobierno (La Moneda) como paseo peatonal pero no como espacio de política. Las elites políticas chilenas gestionan un tipo de democracia, a partir de un discurso que busca hacer creer que ella es mejor servida mediante la subordinación de la participación popular a la necesidad de manutención de la estabilidad, perpetuando un sistema político que continúa siendo cerrado a las exigencias de los movimientos sociales y que ha institucionalizado la exclusión.

Esta exclusión, a su vez, no es privativa de la participación política. El modelo económico mismo, gestionado y administrado en un marco "democrático", es señal clara del mismo fenómeno. La posdictadura, así, denota un complicado proceso en el que conviven la continuación y profundización del modelo político –vigencia de los pilares estructurales de la Constitución de 1980, fundamentalmente en lo que toca al carácter subsidiario del Estado, como al sistema electoral binominal que deja sin representación a vastos sectores de la población crítica al modelo– y económico de la dictadura –continuidad estructural en el ámbito de la transnacionalización de la economía, reforzamiento de la posición dominante en la economía del capital extranjero y de los grupos económicos internos y su consecuente concentración de patrimonio, continuidad en el traspaso de patrimonio del sector público al privado vía privatizaciones y diferentes sistemas de subsidio, continuidad en la desigual distribución del ingreso y la riqueza, entre otros– con los esfuerzos e intenciones de democratización (Fazio, 1996; 1997).

De manera contraria, los movimientos sociales que sostuvieron la lucha antidictatorial, y que el discurso transitológico ha reconocido como una de las condiciones de posibilidad fundamentales para la pro-

pia transición, permitían la confluencia de una pluralidad de mundos y tradiciones culturales y políticas que se tornaron problemáticas para la consolidación del modelo neoliberal que la transición chilena asumió como propio. Por lo mismo, la administración y profundización del modelo que fue repudiado en forma unánime durante la lucha antidictatorial sólo ha podido continuar mediante el recurso a un redisciplinamiento de la sociedad civil.

Por ello, la democracia chilena actual proyecta algo bastante distinto a la práctica emancipadora que la posibilitó. En este sentido, la democracia actual, que se erige como nuestra verdad, no es sino la interrupción de los actos de democratización desplegados, de las prácticas de liberación que lograron escapar y poner en crisis los controles y codificaciones de la dictadura. Esta interrupción instaló la desmemoria, pretendiendo teñir al cuerpo social de olvido: olvido de aquellos que posibilitaron la democracia y olvido de la fórmula múltiple que la hizo advenir. El efecto conseguido fue la cristalización de los movimientos en puntos controlables y de pausa, para su "normalización" vía digestión y exclusión; para disminuir su potencia de actuar.

El segundo disciplinamiento es llevado adelante, por tanto, en democracia, e implica la anulación de los diferentes modos culturales y políticos de construcción de identidades que se venían desarrollando al interior de los movimientos de lo social. Su objetivo es el disciplinamiento, esta vez del exceso de la sociedad, de su suplemento, con el objetivo de que este adhiera a un modelo político *ad hoc* al modelo económico, adhesión o legitimidad que la dictadura no pudo lograr.

El segundo disciplinamiento se volvió necesario debido a que el *escape* y *resistencia* a la dictadura devino en gran medida *emancipación* en acto, es decir, los "espacios liberados" no sólo se conformaban con estrategias de sobrevivencia marginal, acotadas, sino que aquellos escapes se volvieron luchas de afirmación de identidades o "formas de vida" alternativas, voluntades de poderío movilizadas para conquistar espacios, para modificar la sociedad.

Se trata, por tanto, de la emergencia de un *sistema "democrático neoliberal" de control de la desviación* en la figura de la digestión de los movimientos sociales. Se trata de una penetración más profunda del control social en el cuerpo social donde, en el caso del modo inclusivo, el experto ya no aparece como experto, sino que es parte de la comunidad, ya que la comunidad misma se ha integrado al sistema de control. Así es como, paralelamente al surgimiento de las Cárceles de Alta Seguridad en democracia, aparecen en el contexto democrático las políticas de "seguridad ciudadana". Se "transita", por tanto, de un sistema formal ineficiente e inhumano –las prácticas de terrorismo de Estado del período fascista de Pinochet y la derecha chilena– a las

instituciones primarias de la sociedad como formas privilegiadas de ejercicio del control. Hoy son los colegios, la familia, los vecinos, y no exclusivamente los expertos, los que deben tomar la responsabilidad del control de la desviación.

Sin embargo, esto que pudiese parecer el alejamiento del sistema formal, es en realidad la penetración, invasión y colonización de las instituciones primarias por el sistema formal. Lejos de desaparecer, los expertos operan hoy *en* las instituciones primarias. Hay una expansión gradual y una intensificación del sistema de control que se justifican y legitiman a partir de diversos objetivos sociales a alcanzar en pro del bien común: cámaras de vigilancia contra la delincuencia en las calles, paseos, parques, estadios, sensores fotoeléctricos contra las infracciones de tránsito, patrullas motorizadas comunales y barriales contra el narcotráfico, infiltración de las organizaciones estudiantiles contra los brotes de violentismo, teléfonos de denuncia contra violencia intrafamiliar o consumo de drogas, centrales de estadísticas a cargo del control de delitos económicos o morosidad de pagos, timbres-pánico al interior de las casas, control de lo publicable, cierre de barrios a determinada hora, etcétera.

En cuanto a los factores endógenos de los movimientos que operaron como condiciones posibilitantes de su digestión, es muy posible que el principal sea que sus diseños organizacionales tendieron con el tiempo a coincidir con los espacios clásicos de la política, no contando con sistemas de rotación de cargos, mayor trabajo transversal y polifuncional de sus miembros, entre otros aspectos que sí emergen con mayor fuerza en los movimientos sociales que actualmente han puesto en alerta a los mecanismos de control social de la democracia neoliberal.

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LA VISTA: ¿UN *MÁS ALLÁ* DEL NEOLIBERALISMO?

El resultado del re-disciplinamiento social llevado adelante en posdictadura fue fundamentalmente el vaciamiento, durante un tiempo prolongado, de la participación principalmente popular y juvenil en la política. Los miembros activos de los movimientos sociales o bien se incorporaron al ejercicio de funciones estatales o se quedaron a nivel de base promoviendo la creación de redes de desarrollo local, que muchas veces vienen a llenar los vacíos que las políticas institucionales van dejando. Otro sector muy numeroso simplemente "se fue para la casa", mientras otros radicalizaron su postura, desarrollando acciones autodescriptas como "antisistémicas".

De aquí la gran cantidad de colectivos y orgánicas de acción directa, sobre todo poblacionales y estudiantiles, de carácter subversivo o a(nti)institucional, muchos de ellos desvinculados ya de los movimien-

tos sociales. Estos movimientos sociales antes podían ejercer como marcos de referencia para la acción de estas distintas orgánicas. En el nuevo contexto democrático neoliberal, muchas organizaciones de acción directa ya no tienen este referente, lo que redunda en un aislamiento respecto de la base social que antes existía y que muchas veces orientaba su accionar. Por efecto de las políticas de institucionalización y rigidez del sistema político, estos grupos desaparecen de lo público nacional. Este aislamiento provocó la radicalización aún mayor de los mismos, lo que, junto al aislamiento experimentado, resultó sustancial para el despliegue de una política represiva estatal focalizada en contra de estos grupos, legitimada por los *mass-media*, en pro de su desarticulación y desaparición final.

Sin embargo, de modo reciente, un nuevo "exceso" de la sociedad ha hecho aparición dando cuenta de una configuración distinta a las prácticas "antisistémicas", con serias posibilidades de ejercer presión real al sistema político formal. Esto ha acontecido fundamentalmente a partir de las manifestaciones abiertas, a escala nacional, del movimiento de estudiantes secundarios así como de la persistencia de las luchas de los pueblos originarios como el mapuche.

En efecto, a nivel estudiantil se ha podido observar una interesante articulación de discusión teórica y acción directa, que se expresa, por ejemplo, en la puesta en circulación de consignas –como "Por una educación de calidad", "El cobre por el cielo, la educación por el suelo"– que han interpelado a amplios sectores consiguiendo una gran legitimidad social. De modo distinto a las posturas "antisistémicas", este movimiento ha avanzado hacia la coordinación de distintas fuerzas sociales y políticas a través de la creación de un "Bloque social por la educación", que se sienta a conversar en forma directa con los representantes del Estado y sus técnicos.

A nivel organizacional, este nuevo movimiento ha preferido innovar desplazando los diseños jerárquicos centralizados, poniendo en su lugar a las "coordinadoras", con rotación de cargos y "redes" que crean puentes de conexión y nexos de cooperación flexibles y bastante efectivos. Apoyados en la rapidez y simultaneidad que permiten las nuevas tecnologías de la información, han logrado coordinar y movilizar a millones de estudiantes en forma sorprendentemente ordenada. Por otra parte, ha sido posible observar cómo sus criterios de articulación no se reducen al acuerdo en optar por una ideología común o a una militancia política determinada. Más bien al contrario, se observa una transversalidad de clases e ideologías muy interesante.

Por el momento, a nivel discursivo no existe aún un soporte simbólico verificable que permita profundizar el estudio de la constitución subjetiva de estos nuevos actores sociales. Lo que sí se ha hecho

evidente en el caso chileno es la simpatía y sorpresa que ha causado, particularmente en la izquierda, la emergencia de estos nuevos movimientos, que al parecer no han sido permeados por las codificaciones disciplinantes de la dictadura y la posdictadura. De modo bastante inesperado, el movimiento de estudiantes secundarios, que mantuvo a Chile en ascuas durante un mes de paro nacional indefinido, con tomas de los establecimientos educacionales a lo largo de todo el país y demandas que atacan a pilares estructurales del modelo neoliberal –como la crítica a la libertad de enseñanza como libertad de empresa, poniendo en su lugar el reclamo por el derecho a la educación y exigiendo la participación del Estado como garante de la calidad, en un contexto de Estado subsidiario–, logró remover una serie de certezas tanto por parte de quienes participan en el sistema político formal como de quienes hacen política al margen de este.

Queda por observar el modo en que estos nuevos actores logran establecer nexos con movimientos que poseen un imaginario de transformación social radical, emancipadora, de corte y proyección más global que no se agota en demandas sectoriales, sino que busca incidir a escala nacional. ¿Una nueva izquierda, tal vez? Pues gracias a esta riqueza emergente de lo social, el propio marxismo se está autoobservando como uno de los tantos lenguajes y modos de ver y construir el mundo, y viviendo la experiencia de abrirse no tan sólo a la discusión de los patrones de acumulación internos del capital, sino a las diversas violencias y luchas de la vida cotidiana, donde las temáticas de género y lucha por el respeto y ampliación de los derechos humanos han adquirido especial relevancia (Guerrero Antequera, 1999a). Enfrentar el problema de la exclusión en distintos órdenes está llevando al marxismo no sólo a valorizar las luchas constituidas a partir de las contradicciones de clase en la esfera económica, sino también a descubrir aquellas luchas individuales y colectivas que intentan escapar o crear nuevas formas de subjetivación, procurando poner en crisis, de modo innovador, la hegemonía capitalista neoliberal, pero que están bajo el peligro siempre presente de desaparecer, de ser *digeridas* o exterminadas. Así, por ejemplo, las luchas diarias en el caso de las mujeres, los mapuche, la lucha en las poblaciones contra la droga y el alcohol, en fin, también las luchas estudiantiles.

Estas luchas, por otra parte, pueden nutrirse del imaginario liberador, de transformación social del marxismo, de manera no utópica ni escatológica, sino concreta, en la praxis emancipadora que al mismo tiempo que transforma las circunstancias transforma a los hombres, mujeres y niños.

En consecuencia, los movimientos emancipatorios en Chile se encuentran inmersos en procesos de subjetivación interesantísimos e

importantes, ricos en experiencia y originalidad. Más allá de los dispositivos de control y disciplinamiento puestos en operación durante la dictadura y la democracia que la sucedió, en el caso chileno se configuran nuevas prácticas e identidades de sujeto, con nuevas formas de organización y comunicación que, sin poder adivinar en qué van a terminar, nos muestran que por debajo de la sociedad consumista y conformista que estamos acostumbrados a ver hay microsociedades locales en marcha, distintas, llenas de actividad, memoria y energía.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor et al. 1959 *The authoritarian personality* (Nueva York: Harper and Row).

Arditi, Benjamín 1989 *El deseo de la libertad y la cuestión del otro* (Asunción: RP).

Boron, Atilio A. 1977 "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología* (Ciudad de México) Vol. 39, Nº 2, abril-junio.

Boron, Atilio A. 1991 *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: Imago Mundi).

Brunner, José Joaquín 1981 *La cultura autoritaria en Chile* (Santiago de Chile: FLACSO/Granizo).

Constable, Pamela y Valenzuela, Arturo 1991 *A nation of enemies* (Nueva York: Norton).

Deleuze, Gilles 1987 *Foucault* (Buenos Aires: Paidós).

Expósito, Marcelo s/f "A propósito de documenta X", en <www.aleph-arts.org/pens/royoux.html#N_2>, acceso 28 de agosto de 2006.

Fazio, Hugo 1996 *El programa abandonado. Balance económico social del gobierno de Aylwin* (Santiago de Chile: LOM).

Fazio, Hugo 1997 *Mapa actual de la extrema riqueza en Chile* (Santiago de Chile: LOM/Arcis).

Foucault, Michel 1976 *Vigilar y castigar* (México DF: Siglo XXI).

Foucault, Michel 1977 *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (México DF: Siglo XXI) Vol. 1.

Foucault, Michel 1978 *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta).

Foucault, Michel 1994 *Un diálogo sobre el poder* (Madrid: Alianza).

Fritzsche, K. 1977 "Faschismustheorien. Kritik und perspektive" en Neumann, F. (ed.) *Politische theorien und ideologien* (Baden-Baden).

Fromm, Erich 1966 *Die furcht von der freiheit* (Frankfurt AM: Verlag).

Garretón, Manuel Antonio 1987 "Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile" en *Proposiciones* (Santiago de Chile: SUR) Nº 14, agosto.

Garretón, Manuel Antonio 1989 *The chilean political process* (Boston: Unwin Hyman).

Godoy Arcaya, Óscar 1999 "La transición chilena a la democracia: pactada" en *Estudios Públicos* (Santiago de Chile) Nº 74.

Guerrero Antequera, Manuel 1999a "Elementos para una comprensión de los colectivos de izquierda estudiantil. ¿Encapuchados, violentistas, terroristas?" en *Revista Investigación y Crítica* (Santiago de Chile: Universidad Arcis) Año 1, Nº 1, 1º semestre.

Guerrero Antequera, Manuel 1999b "La moderna reforma penal chilena: resocialización de los presos y expiación de las culpas" en *Revista Infraganti* (Santiago de Chile: Universidad Arcis) Nº 3, diciembre.

Guerrero Antequera, Manuel 2000 "Reflexiones a partir de Kant y Zizek: el obsceno goce de nuestro pasado" en *Investigación y Crítica* (Santiago de Chile: Universidad Arcis) Nº 4.

Guerrero Antequera, Manuel 2001 "Democratización chilena y control social: la transición del encierro" en Salazar, Mauro y Valderrama, Miguel (comps.) *Dialectos en transición. Ensayos sobre subjetividad y política en el Chile actual* (Santiago de Chile: LOM/Arcis).

Hipsher, Patricia 1998 "Democratic transitions as protest cycles: social movement dynamics in democratizing Latin America" en Meyer, David S. y Tarrow, Sidney (comps.) *The social movement society* (Maryland: Rowman & Littlefield).

Jänicke, Martin 1971 *Totalitäre herrschaft. Anatomie eines politischen begriffes* (Berlín: Duncker & Humblot).

Kitschelt, Herbert 1986 "Political opportunity and political protest: anti-nuclear movements in four countries" en *British Journal of Political Science* (Londres) Nº 65.

Kriesi, Hanspeter 1992 "New social movements and political opportunities in Western Europe" en *European Journal of Political Research*, Nº 22.

McAdam, Doug 1982 *The political process and the development of black insurgency 1930-1970* (Chicago: University of Chicago Press).

Nueva Política 1976 (México DF) Nº 1, enero-marzo.

O'Donnell, Guillermo y Schmitter, Philippe (eds.) 1986 *Transitions from authoritarian rule: tentative conclusions* (Baltimore: Johns Hopkins University Press).

Orellana, Patricio 1989 *Violaciones a los derechos humanos e información. La experiencia chilena* (Santiago de Chile: FASIC).

Ottone, Ernesto 1984 *Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo (1970-1983)* (Madrid: Lar).

Oxhorn, Philip 1991 *Organizing civil society: the popular sectors and the struggle for democracy in Chile* (University Park: Pennsylvania State University Press).

PNUD 2004 *Desarrollo humano en Chile 2004. El poder: ¿para qué y para quién?* (Santiago de Chile: PNUD).

Poulantzas, Nicos 1976 *Fascismo y dictadura* (México DF: Siglo XXI).

Przeworski, Adam 1991 *Democracy and the market* (Cambridge: Cambridge University Press).

Reich, Wilhelm 1972 (1933) *Die massenpsychologie des faschismus* (Colonia: Kiepenheuer & Witsch).

Salazar, Gabriel 1990 *Violencia política popular en las "Grandes Alamedas"* (Santiago de Chile: SUR).

Shneider, Cathy Lisa 1995 *Shantytown protest in Pinochet's Chile* (Filadelfia: Temple University Press).

Tarrow, Sidney 1994 *Power in movement: collective action, social movements and politics* (Cambridge: Cambridge University Press).

Tilly, Charles 1978 *From mobilization to revolution* (Nueva York: McGraw-Hill).

Zavaleta, René 1976 "Las luchas antiimperialistas en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) Vol. 38, Nº 1, enero-marzo.

Žižek, Slavoj 1992 *El sublime objeto de la ideología* (México DF: Siglo XXI).

Žižek, Slavoj 1998 *Por qué no saben lo que hacen* (Buenos Aires: Paidós).